

**P · E · C**

*Chile e Israel  
y sus defensas*

(PAGINAS 8 Y 10)

*Política Economía Cultura*

AÑO V Viernes 29 de septiembre de 1967 — E° 1,40 N° 248

# AUMENTA CRIMINALIDAD JUVENIL

**¿ QUE HACER  
para atajar a Cuba sin el  
extremismo argentino o  
el "bla~bla" chileno ?**

**ENCUESTA: PREMIO NACIONAL DE  
LITERATURA 1967**

# PERO

# LE FALTAN

# LOS BOTONES...

## Apreciación estética del monumento a don Pedro Aguirre Cerda

por FRANCISCO OTTA



Comentarios escuchados por Jimmy Scott

Cuenta Samuel Butler en "Erewhon", su famosa novela satírica de fines del siglo pasado, que en aquel país legendario (que él pretende haber descubierto) ya se habría superado nuestra fase civilizatoria. En asuntos urbanísticos habrían llegado a una solución ideal para uno de sus problemas: estuvieron aburridos de gastar fuertes sumas de dinero para la erección de monumentos públicos que, por regla general, resultaron ser adefesios y que los habitantes obligadamente tenían que mirar.

En vez de esto, decidieron pagar cada tantos años premios a los escultores para que no hagan ningún monumento. Y todo el mundo quedó feliz y contento: los artistas ganaron sin trabajar, los regidores se evitaron discusiones acaloradas sobre una materia que desconocían y los ciudadanos se pasearon por las calles, encantados de la vida y sin tropezarse con figuras feas en cada esquina.

No habiendo aprendido nada de los supuestos erewhonianos, Santiago ahora tiene otro monumento nuevo en plena avenida Bulnes: el que en homenaje a Pedro Aguirre Cerda se inició hace unos 17 años. Si mal no recuerdo, hubo un concurso que —con formas irregulares y una llama estilizada en el centro— ganó el escultor Lorenzo Berg, quien, efectivamente, fue encargado de la ejecución del gigantesco proyecto que consultaba hasta la instalación de un hermoso parque para brindarle una digna presentación al monumento conmemorativo. Tengo entendido que un día cambió la situación y otros dirigen-

tes con otros ejecutantes tomaron cartas en el asunto, eliminando cosas esenciales para la armonía y agregando otras que no le venían. Hasta aquí llegan mis antecedentes.

Ahora, hace algunos días pasó por la prensa la noticia de la inauguración y entonces me enfrento con la obra —obra de arte— sin más consideraciones que las de orden plástico.

Es conditio sine qua non del arte el tener unidad; lo que significa que cada parte del conjunto tiene que estar interrelacionada con las demás. Tiene que haber un solo aliento y una sola alma como manifestación de la personalidad creadora. Este vínculo entre las partes puede establecerse a base de afinidades o por el contrario, puede derivarse de la yuxtaposición de los ingredientes contrastados para complementarse formando un todo orgánico.

Pues bien, a mi entender, este monumento en su totalidad carece por absoluto de tal coherencia: sus dos planos integrantes no tienen nada que ver el uno con el otro, ni tampoco son homogéneos los elementos que componen cada uno...

Pero vayamos por parte. El gran espacio central de la plazoleta lo ocupa una pileta circular (en lugar de la irregular que figuraba en la versión original, aprobada y después atropellada). En ella están siete enormes piedras en bruto (lo único que queda del proyecto primitivo). La pileta está bordeada por un ribete que a su vez está cercado de una tupida hilera de reflectores rosados...

Ahora, el espectador se pregunta: ¿qué relación estética puede haber entre estos elementos? Quizás haya significados simbólicos que se me escapan, como el de los siete bloques: desde tiempos inmemorables, este número ha sido portador de interpretaciones ocultas.

Pero para la vista, estos monolitos sin labrar son verdaderamente impresionantes, sugieren estabilidad

y poderío; pero no asocian la idea de una fuerza natural por faltarles un ambiente adecuado. No como las toscas piedras de Ryoan-ji, el célebre "jardín abstracto" en Kyoto que da vuelo a la imaginación por su atmósfera circundante.

El ambiente hubiera podido crearse aquí mediante un hermoso espejo de agua: es cierto que esta pileta la contiene, pero desde el primer plano del conjunto no se ve (salvo las personas que tengan más de 2 metros de estatura): el nivel del agua está demasiado elevado, y no —como lo prevé el plano que ganó el Concurso— a sólo 70 centímetros del suelo. Así es que no llega a formarse un "espejo" que refleje las formas pétreas irregulares, igual que los canales venecianos deliberadamente prolongan la delicada arquitectura de los palazzi.

Este "segundo plano" del conjunto mejora al contemplárselo de lado, es decir hacia la calle San Diego:

allí la silueta seudobizantina con las altas palmeras y el fondo de la cordillera nevada le confieren cachet a la perspectiva total.

A continuación, veamos el "primer plano" que consiste en algo completamente incongruente, incompatible en comparación con todo lo demás. Frente a los 7 bloques de granito rústico y abstractos (exceptuando un pequeño relieve de una cabeza, inexplicable), frente a sus cálidos matices naturales de gris y beige, frente a la pileta (con el agua invisible desde acá por encontrarse al nivel de los ojos) con su borde en piedra de color y el sinnúmero de embudos de lata pintada de color salmón: frente a todo esto se encuentra un grupo escultórico en blanco, en blanco-blanco; y con una superficie que está enteramente —ya sean las caras, los cabellos, la ropa o la base— enteramente como picada de viruelas. (No como en algunas obras de Rodin, donde graciosamente al-

ternan diferentes rugosidades con partes pulidas, según lo que corresponda).

El resultado, tanto del colorido tizoso como de esta textura artificial y uniforme, es que se le quita al material su noble aspecto de piedra, transformándolo en algo barato, como si se tratara de yeso, jabón o Papier-maché; y además esta escultura resulta ser otro monumento aparte sin relación alguna con el otro plano. (El hecho de rellenar con pintura dorada las inscripciones cinceladas, no mejora en nada la situación).

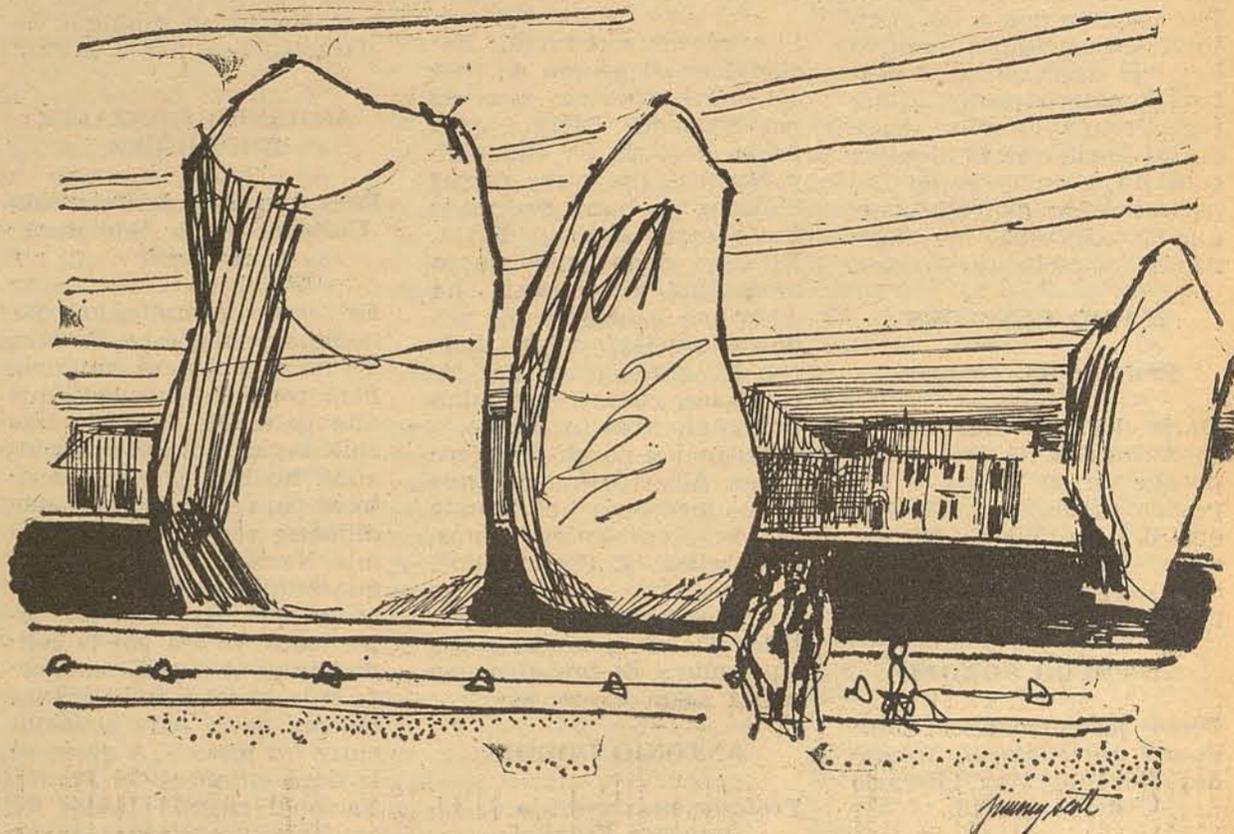
Este grupo trata de ilustrar el lema del que fuera Presidente de Chile de 1938 a 1941 y que reza: "Gobernar es educar": vemos a Don Pedro sonriente y acompañado de dos escolares.

Ya que esta escultura sentimental tan obviamente contradice el espíritu abstracto y ciclópeo del monumento de fondo, es de suponer que los auspiciadores de la obra desearon colocar en este lugar algo más "clásico".

Si ponemos, sin embargo, esta escultura al lado de una estatua realmente clásica (o aun clasicista, para el caso), saltará a la vista que —a pesar de lo realistas que procuran ser los rostros— la desproporción involuntaria y las poses acalambradas de los personajes tienen poco de clásico.

La efigie del ilustre estadista lleva cuello, corbata y un vestón cruzado, algo acartonado. Mirando todo esto, escucho lo que comenta la gente.

"Es pura piedra, fíjate; no parece", observa uno. Y dice otro: "Pero a su chaqueta le faltan los botones..."



Apunte de un aspecto de la parte del monumento que concibió el escultor Lorenzo Berg. La estatua del Presidente Aguirre Cerda propiamente tal la hizo el escultor Galvarino Ponce Morel.